



*Autoras: Barbara Rostecka,
Betty Coromoto Estévez Cedeño,
Carmen Nieves Pérez Sánchez,
Begoña María Zamora Fortuny*

Tema 3. Instituciones sociales básicas y vida cotidiana: Medios de comunicación, religión y escuela

En este tema conoceremos cuán interesante es para la sociología comprender los comportamientos que hacemos como conductas rutinarias, sin que nos hayamos detenido a pensar en ellos. Aquí, reflexionaremos sobre qué y por qué hacemos las acciones que caracterizan nuestra vida cotidiana como individuos y reconociendo que otras personas de nuestro entorno coinciden en las mismas actividades, según el escenario donde nos ubiquemos: la familia, la escuela, el grupo de amigos, el trabajo o cualquier otra institución social a la que pertenezcamos y en la que estamos desempeñando una acción predeterminada. En conjunto, hay interacción social durante toda la vida. Se traduce en acciones ejercidas y acciones esperadas en el entorno en el que nos movemos. Para muchos autores este comportamiento social que asimilamos desde que damos nuestros primeros pasos y que vamos configurando, según nuestra trayectoria de vida, en la medida en que crecemos es lo que se llama proceso de socialización.

1. La interacción social y la vida cotidiana

Si, por ejemplo, pensamos en lo que hicimos ayer o el fin de semana pasado es probable que acierte en la narrativa interpretando que se ha levantado a la hora de costumbre. Si se trata de un día laborable, hemos de asistir a clases en la universidad, con todo y lo que implica la situación de pandemia. Por la mañana, es muy probable que después de que sonara el despertador, tomara una ducha y el desayuno, saliera -no sin la mascarilla puesta- e hiciese el mismo trayecto que hace casi todos los días hasta la facultad. Quizás quedó con unos amigos para comentar un trabajo o apuntes, luego, vuelta a clase, alguna gestión pendiente, y, finalmente, regresó a casa.

La interacción social en la vida cotidiana es lo que nos hace ser sociales. Por eso, el estudio de la vida cotidiana hace un análisis de la biografía individual para construir la realidad, una realidad basada en la interacción social. La experiencia obtenida a lo largo de la vida y mediante el proceso de socialización por el que ensamblamos normas de interacción cotidiana e interiorizamos pautas sociales propias de una cultura, es lo que denominamos interacción social. La vida cotidiana es el resultado de la interacción social.

En la rutina diaria, cuando dos personas extrañas pasan una al lado de la otra en la calle, ambas intercambian una breve mirada. Captamos rápidamente el rostro y la forma de vestir de la otra. A medida que se nos acercamos y en el momento en que nos cruzamos torcemos la mirada evitando los ojos del otro. Esto es un acto rutinario, que pasa no solo a nosotros como individuos sino al resto del mundo. Es lo que E. Goffman (1967, 1971) denominó la desatención cortés, que exigimos de los demás en numerosas ocasiones. La desatención cortés no es lo mismo que no prestar atención a la otra persona. Cada individuo indica al otro que se da cuenta de su presencia, pero evita cualquier gesto que pudiera considerarse demasiado atrevido. Prestar desatención cortés a otros es algo que hacemos de un modo más o menos inconsciente, pero es fundamental en nuestra vida



cotidiana. Por lo que, incluso un gesto de no atención, es parte de nuestras pautas de comportamiento social.

El hecho de que una persona mire fijamente a otra, dejando que su rostro exprese abiertamente una emoción determinada, sólo suele tener lugar entre parejas, miembros de una familia o amigos íntimos. Cuando estamos con extraños, en los encuentros casuales, ya sea en la calle, en el trabajo o en una fiesta, prácticamente nunca se mantiene la mirada de otro de esa manera, ya que hacerlo podría interpretarse como indicativo de una intención hostil. Sólo cuando hay dos grupos muy antagónicos y están cara a cara podría un extraño permitirse actuar de ese modo.

Incluso en una conversación íntima entre amigos, éstos tienen que tener cuidado de cómo miran al otro. Cuando conversan, los individuos demuestran atención e interés mirando con una cierta regularidad a los ojos del otro, pero no manteniendo fija la mirada. Mirar con demasiada intensidad al otro puede tomarse como un signo de desconfianza o, como mínimo, de falta de comprensión de lo que dice el que habla. Por el contrario, cuando alguien que nunca mantiene la mirada se puede pensar que actúa de forma evasiva, sospechosa o, por lo menos, extraña.

Preguntarnos ¿Por qué deberíamos preocuparnos por aspectos aparentemente triviales del comportamiento social? Pasar junto a alguien en la calle, comentar el tiempo en el ascensor de camino a la oficina, intercambiar unas palabras con un amigo pueden parecer actividades menores y carentes de interés, cosas que hacemos infinidad de veces al día, incluso, sin pensar en ellas.

Sin embargo, el estudio de las formas de interacción social aparentemente insignificantes es de enorme importancia para la sociología y, lejos de carecer de interés, es una de las áreas más absorbentes de la investigación sociológica. Por qué, porque a partir de la interacción social que construimos con los agentes de socialización dibujamos nuestra biografía, nuestra vida cotidiana y nuestra identidad. Durante esa trayectoria, la cultura y la ideología son consideradas determinantes en esa construcción. Macionis y Plummer (2012) siguiendo a Altusser (1971) mencionan que algunas instituciones, tales como la familia, la educación, los grupos de iguales y los medios de comunicación son agentes ajenos al estado, pero de alguna manera se convierten en aparatos reproductores de la cultura o la ideología dominante.

1.2. Componentes de la interacción social

En primer lugar, las rutinas cotidianas son las constantes interacciones con los demás que estructuran y conforman lo que hacemos. Al estudiarlas podemos aprender mucho de nosotros como seres sociales y de la misma vida social. Nuestras vidas están organizadas en torno a la repetición de pautas de comportamiento parecidas día tras día, semana tras semana, mes tras mes y año tras año.

Y, aunque las rutinas de cada día no son idénticas puesto que nuestras pautas de actividad durante los fines de semana suelen contrastar con las de los días laborables o si se produce un cambio importante en nuestra vida, como por ejemplo, dejar la universidad para aceptar un trabajo, ser despedido, darnos de baja por enfermedad, maternidad/paternidad, etc; todas estas nuevas acciones alteran nuestras rutinas, pero lo que iniciamos es una



nueva serie de hábitos reconocidos socialmente, bastante regulares. Por lo tanto, solo experimentamos una renovación de nuestras rutinas.

El estudio de la interacción social en la vida cotidiana arroja luz sobre instituciones y sistemas sociales más amplios que, de hecho, dependen de las pautas de interacción social que seguimos en el día a día. Esto es fácil de demostrar. Tomemos de nuevo el caso de dos extraños que se cruzan en la calle. Puede parecer que esta situación tiene escasa relevancia directa para formas de organización social más permanente y de gran tamaño. Sin embargo, cuando tenemos en cuenta muchas interacciones de este tipo ya no es así. En las sociedades modernas la mayoría vive en núcleos urbanos interactuando con gente que no conocemos personalmente.

La desatención cortés es uno de los muchos mecanismos que dan a la vida en la ciudad, con sus multitudes que van y vienen y sus contactos impersonales y efímeros, el carácter que tiene. Podemos decir que la desatención cortés es un componente válido de la interacción social, aunque es relativamente predominante en las urbes.

Otro de los componentes clave de la interacción social es el lenguaje como uno de los principales códigos de pertenencia, de transmisión y de comunicación cultural. No obstante, cabe recordar que la comunicación no solo la hacemos a través de la lengua como sistema de expresión verbal. De hecho, para Giddens (2000) otro de los componentes de interacción social es la comunicación no verbal, puesto que la interacción social requiere de numerosas formas de comunicación no verbal: el intercambio de información y significados mediante expresiones faciales, gestos y movimientos del cuerpo. A este tipo de comunicación también se le denomina a veces lenguaje corporal.

1.3. La comunicación como herramienta básica de interacción social

Forman parte de esa comunicación no verbal la cara, los gestos y la emoción. Así han intentado demostrarlo Ekman y Friesen (1978, citado en Giddens, 2000) en sus experimentos. Estos autores sostienen que uno de los aspectos principales de la comunicación no verbal es la expresión facial de la emoción. Paul Ekman y sus colegas han elaborado lo que ellos llaman el Sistema de Códigos de la Actividad Facial (FACS, en inglés) para describir los movimientos de los músculos de la cara que dan lugar a ciertas expresiones. Mediante este sistema han intentado dotar de cierta precisión un área que se presta a interpretaciones incoherentes o contradictorias, dado que existe poco acuerdo sobre cómo identificar y clasificar las emociones.

Por su parte, C. Darwin sostenía que los modos básicos de expresión emotiva son los mismos para todos los seres humanos. Aunque algunos han rechazado tal afirmación, las investigaciones de Ekman entre personas con bagajes culturales muy diferentes parecen confirmarla. Para demostrar sus estudios Ekman y W. Friesen estudiaron una comunidad aislada en Nueva Guinea, cuyos miembros prácticamente no habían tenido antes ningún contacto con extraños. Cuando se les mostraron dibujos que representaban las expresiones faciales de seis emociones (alegría, tristeza, enfado, asco, miedo y sorpresa) los habitantes de esta comunidad las identificaron. Aunque hay algún estudio más reciente (Shichuan et. al., 2014) que registra un grupo de 21 emociones compuestas.

Según Ekman, los resultados de su estudio y de otros similares, realizados con diferentes pueblos, constatan que la expresión facial de las emociones y sus interpretaciones son



innatas al ser humano, por lo tanto, universales. Aunque inicialmente este autor reconoció que no tenía pruebas concluyentes y que experiencias de aprendizaje cultural ampliamente compartidas podrían tener algo que ver en la transmisión de las emociones. Otros estudios, como el del etnólogo Irenaus Eibl-Eibesfeldt apoyaban sus hallazgos. I. Eibl-Eibesfeldt (1973, citado en Giddens, 2000) estudió a seis niños sordos y ciegos de nacimiento para ver hasta qué punto sus expresiones faciales eran las mismas que las de los individuos sin estas discapacidades en determinadas situaciones emocionales. Encontró que los niños sonreían cuando realizaban actividades claramente placenteras, levantaban las cejas a modo de sorpresa cuando olfateaban un objeto con un olor extraño y fruncían el ceño cuando se les ofrecía insistentemente un objeto desagradable. Dado que era imposible que hubieran visto a otros comportarse de ese modo, se puede pensar que estas respuestas son innatas en el ser humano. Aunque las expresiones faciales de emoción parecen ser en parte innatas, es muy relevante hacer la aclaratoria de que existen factores individuales y culturales que influyen en la forma exacta que adoptan los movimientos faciales y en los contextos en los que dichas expresiones se consideran apropiadas. Cómo sonríe la gente, por ejemplo, así como los movimientos precisos de los labios y de otros músculos faciales, y también la duración de la sonrisa, son cosas que varían considerablemente de una cultura a otra.

Por ejemplo, en algunas sociedades, la gente asiente cuando quiere decir que no, al contrario que en la cultura occidental. Gestos muy utilizados entre los europeos o los estadounidenses. Cómo señalar, no parece existir en ciertos pueblos o culturas. Al igual que ocurre con las expresiones faciales, los gestos y las posturas se emplean continuamente para complementar las palabras, además de para comunicar significados cuando no se dice nada. Las impresiones no verbales que transmitimos sin darnos cuenta indican a menudo que lo que decimos no es exactamente lo que queremos decir. Sonrojarse es tal vez el ejemplo más obvio, pero existen innumerables indicadores más sutiles que otras personas pueden captar. Las expresiones faciales auténticas suelen desaparecer después de cuatro o cinco segundos y una sonrisa que dure más podría indicar que se está mintiendo. En Japón, por ejemplo, si se escapa un estornudo se considera una auténtica grosería no contenerlo. Es todo un choque cultural con la costumbre occidental. En Gran Bretaña, levantar el dedo índice y medio con la parte superior de la mano hacia adentro es considerado una ofensa, mientras que si lo haces a la inversa significa paz.

En resumen, la interacción cotidiana depende de las sutiles relaciones que se establecen entre lo que expresamos con el rostro y el cuerpo y lo que decimos con palabras. Utilizamos las expresiones faciales y los gestos de los demás para completar lo que expresan verbalmente y para comprobar hasta qué punto es sincero lo que dicen. Estar atentos y leer constantemente las expresiones faciales, posturas y movimientos en nuestra interacción diaria con los demás es un acto tácito, pero ayuda a entender la comunicación humana según su cultura.

2. La individualidad ¿Es posible en el contexto social?

Puede ocurrir que desafíemos la perspectiva sociológica poniendo de manifiesto que la conducta humana es más individualista de lo que se podría pensar. Ciertamente, si nos preguntasen por qué venimos a clase o a la universidad -como parte de nuestra vida cotidiana- nos responderíamos que esto es producto de una decisión propia, concluyendo



que una o buena parte de las acciones que hacemos en nuestra vida cotidiana es el resultado de decisiones individuales. Como resultado, nos sentimos orgullosos cuando obtenemos las mejores notas u obtenemos alguna meta propuesta, y nos sentimos culpables cuando los resultados no son lo esperado. Todo esto con tal de sentirnos individuales y de reconocernos como seres individuales que no nos dejamos normativizar por pautas sociales.

Por tomar un ejemplo, y siguiendo a Macionis y Plummer (2011), quizás una de las demostraciones más fascinante de cómo las fuerzas sociales afectan a la conducta humana se encuentre en el estudio del suicidio. ¿Por qué? Porque nada puede ser más personal que la “decisión” de quitarse la propia vida. Es por esto que Emile Durkheim (1858-1917), un pionero de la sociología, eligió el suicidio como tema de investigación. Se propuso estudiar si era capaz de demostrar que un acto tan íntimamente personal como el suicidio estaba determinado sociológicamente, comprobando este hecho como un hecho social le hizo merecedor de argumentos sólidos para la disciplina sociológica. Con los resultados fue capaz de demostrar que las fuerzas sociales influyen en el acto aparentemente tan propio o personal como el de quitarse la vida.

Durkheim comenzó estudiando casos de suicidio en su Francia natal y alrededores. Las estadísticas mostraban claramente que algunas categorías de personas tenían una probabilidad mayor que otras de suicidarse. Concretamente, Durkheim encontró que los hombres, los protestantes, los ricos, y los solteros mostraban una tasa de suicidio más alta que las mujeres, los católicos o judíos, los pobres y las personas casadas, respectivamente. Durkheim dedujo que estas diferencias correspondían a diferentes grados de integración social de las personas. Las tasas de suicidio bajas caracterizaban a categorías de personas con fuertes lazos sociales, mientras que las tasas de suicidio elevadas correspondían a personas más individualistas y socialmente solitarias.

Ciertamente, en las sociedades dominadas por los hombres que estudió Durkheim, estos disfrutaban de más autonomía que las mujeres. Durkheim llegó a la conclusión de que, independientemente de las ventajas que suponga la libertad para los hombres, la autonomía implica una integración social menor, lo cual contribuye a una tasa de suicidios más alta entre los hombres. Lo mismo ocurre con los protestantes, cuya individualidad le predispone más al suicidio, a diferencia de los católicos y los judíos, cuyos rituales fortalecen los lazos sociales. Los ricos, evidentemente, tienen más libertad de acción que los pobres, pero también presentan una tasa de suicidio más elevada. Finalmente, los solteros, con lazos sociales más débiles que los casados, también corren un riesgo más elevado de suicidarse.

3. Identidad e identidad escolar

En un estudio biográfico sobre la experiencia escolar desde la perspectiva del alumnado de Pedagogía, Rivas, et. al., (2010) analizan diversos factores en la construcción de la identidad escolar. Explican que esta está configurada desde la interacción social y se presentan diversas relaciones sociales, que van desde la horizontalidad más radical a la verticalidad jerárquica más dura. Se trata de actuaciones que se moldean en función de las normas de sistemas políticos, de relaciones de poder, pero también de sistemas de cooperación y de vínculos socio-afectivos.



La identidad, vista así, expresa la comprensión del mundo que tiene cada sujeto. La construye en función de los relatos a los que tiene acceso y con los que interactúa cimentando su propia interpretación a partir de las prácticas cotidianas que desarrolla. Se trata de un relato individual expresado para ilustrar sus prácticas, generalmente guiado por instituciones imperativas.

Por su parte, coincidimos con Rivas et. al., cuando se refieren a la identidad escolar como la experiencia situada en un sistema de funcionamiento fuertemente estructurado caracterizado por una trayectoria socio-política peculiar. Los sujetos escolares van comprendiendo la realidad institucional de la escuela a partir del modo en que se ubican personalmente, es decir, según el rol que desempeñan cumpliendo las regulaciones existentes. La identidad escolar arroja un sujeto escolar instituido rehaciéndolo dinámicamente según sus experiencias escolares. En el marco escolar, tanto el alumnado como el profesorado y demás personal escolar, a través de sus intersujetividades va interiorizando esta realidad y reelaborando su propia identidad. Como plantea Salguiro (1998, citado en Rivas et. at.) el contexto social, cultural y político en que se produce la cotidianidad de la escuela, pone de manifiesto los diferentes modelos de sociedad, los cuales se suelen corresponder con las propuestas hegemónicas de los grupos de poder existentes.

Nuestras acciones diarias están, sin duda, relacionadas con una cultura. La reglamentación de la vida cotidiana viene determinada por el nivel de influencia que tengamos de las acciones que más hacemos en el día a día. Los medios de información y comunicación tienen una gran influencia en este sentido transmitiendo información, visiones del mundo e información. En algún momento de la historia la familia se convertía en prácticamente el único núcleo de interacción para dibujar la identidad humana. Posteriormente, la religión pasó a ser un sistema de peso que regulaba las acciones de los seres humanos. Luego, surge el estado, la política, el mercado... Todo lo que hacemos está íntimamente relacionado con los grupos de interés a los cuales pertenecemos o los grupos de contacto en el que nos formamos.

Sin embargo, varias características de nuestra personalidad (por ejemplo, la manera en que reaccionamos ante una sorpresa) puede contener algún componente genético, como ya hemos visto en los experimentos de P. Ekman y Eibl-Eibesfeldt, como puede ser las habilidades para la música. No obstante, el que una persona pueda desarrollar o no esas habilidades dependerá del contexto y de las oportunidades que se le ofrezcan. Allí es donde los agentes de socialización juegan un papel central en la configuración de esa identidad a partir de su constante interacción social.

Pensar de manera objetiva estas relaciones, nos llevaría a cuestionarnos o a aceptar que la familia, la escuela, la religión, los grupos de amigos o los medios de comunicación transmiten, en palabras de Bernstein (1971), códigos de lenguaje y de actuación, en definitiva, modos de control social que regulan nuestra interacción, nuestros roles y posición social.

Referencias

Bernstein, B. (1971). *Class, Codes y Control. Theoretical Studies toward a Sociology of Language*. Vol. I



Este obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)

Giddens, A. (2000). *Sociología*. Alianza Editorial.

Goffman, E. (1959). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu editores.

Macionis, J. y Plummer, K. (2011). *Sociología*. Pearson. 4ta. Edición.

Rivas, J. I. et. al., (2010). La configuración de identidades en la experiencia escolar. Escenarios, sujetos y regulaciones. *Revista de Educación*. Ministerio de Educación. Recuperado de: <https://bit.ly/35leJPb>

Shichuan, D., Tao, Y., and Martinez, A. (2014). Compound facial expressions of emotion. *Proceedings of the National Academy of Sciences (PNAS)*.